

15. Jorge Zicolillo [2010], «Capítulo 1. Cuando no hay alternativa» en *Neoliberalismo y corrupción. Los 90: la década infame en América latina*, México: Editorial lectorum, pp. 14-26 [21-26]

El caso Chile

Dos países, empero, rompieron con el esquema general que rigió para el subcontinente cuando las potencias centrales (los Estados Unidos, en particular) decidieron que las dictaduras militares debían viajar a cuarteles de invierno: Chile y México, que fue la gran excepción respecto de la instauración de regímenes militares en el poder.

La dictadura de Augusto Pinochet en Chile se extendió a lo largo de quince años (1973-1988) y fue la única administración militar de la región que llevó adelante en forma casi completa la nueva arquitectura estatal en tiempos de neoliberalismo extremo.

El proceso monetarista en Chile fue la verdadera prueba de laboratorio desarrollada en América Latina. Ya en 1975, Pinochet había incorporado a su gobierno un grupo de economistas que, aunque egresados de la Universidad Católica de Chile, tenían posgrados en la Universidad de Chicago, máximo exponente de las teorías de Milton Friedman y de su maestro, Friedrich Hayek.

Pronto, los “Chicago Boys” chilenos iniciaron una absoluta desregulación de la economía, redujeron dramáticamente los planteles de trabajadores del Estado despidiendo a 30% de ellos, limitaron el gasto fiscal recortando planes de asistencia social, educación, salud y vivienda, aumentaron el IVA y se lanzaron a una vertiginosa privatización de las empresas del Estado.

En 1977, los monetaristas del mundo hablaban ya del “milagro chileno”, apoyados en las cifras de la macroeconomía exhibidas por el país que, con mano de hierro, administraba Augusto Pinochet.

En 1983, la realidad reapareció con toda su inapelable contundencia: la desocupación había pasado de 4.3% a 22% en ocho años; los salarios reales se habían derrumbado 40%; la riqueza se había concentrado a tal punto que cerca de las tres cuartas partes de la renta nacional estaba en manos de veinte familias; la pobreza superaba 45%; existía uno de los niveles de desigualdad social más altos de la historia; el endeudamiento privado era sideral y la dependencia de la economía chilena con el mercado externo, casi absoluta.

Chile había hecho su “revolución neoliberal” de la mano de un dictador sanguinario.

México y después

México, por su parte, es un país bastante atípico en el concierto de América Latina. En 1928, Plutarco Elías Calles creó el Partido Nacional Revolucionario, que habría de albergar a casi todos los veteranos de la Revolución Mexicana y que, un año después, llegaría al poder.

Desde entonces, y hasta el año 2000, el mismo partido con diferentes nombres (en 1938 fue el Partido de la Revolución Mexicana y en 1946, Partido Revolucionario Institucional, PRI) gobernó México sin solución de continuidad.

No hubo en el país dictaduras militares y, por el contrario, el mexicano se convirtió en uno de los Estados que más exiliados políticos albergó en tiempos de tiranía.

Sin embargo, México no fue, ni podía ser, ajeno al vendaval privatizador que llegaba desde el resto del mundo, y de manera especial desde su controversial vecino: los Estados Unidos.

De la mano de Miguel de la Madrid, el país abandonó las políticas progresistas y nacionalistas que había llevado adelante durante años y se metió en el nuevo proceso que arrancó en 1984 y se extendió hasta el 2000. En dicho año, por primera vez en su historia, el PRI debió abandonar el poder, sumido en el desprestigio y cruzado por la corrupción.

Lo cierto es que tras dieciséis años de reformas que supuestamente debieron haber saneado las finanzas públicas, fortalecido al sistema productivo poniendo en manos privadas las empresas y eliminado el peso fiscal, de acuerdo con el recetario de Chicago, México terminó gastando mucho más dinero que el que recibió, al tener que absorber deudas que superaban los precios de venta de su patrimonio; resignó los ingresos que, mejor o peor, aportaban las empresas privatizadas al fisco y, con la excepción, posiblemente, de ferrocarriles y telefonía, no logró mayores niveles de eficiencia en los servicios.

El extendido proceso de “reconversión” llevado adelante en México involucró a tres presidentes: Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. Los tres estuvieron rodeados por procesos inflacionarios galopantes, trepada del desempleo, aumento de la deuda externa, crisis fenomenales (como la “del tequila”, por ejemplo) y caída en el nivel del poder adquisitivo de los trabajadores. El triunfo de Vicente Fox en las elecciones del año 2000 marcó los costos que había debido pagar el partido gobernante para entrar en la globalización.

Un año después de la llegada de Fox a la presidencia de México, buena parte de la euforia monetarista ya comenzaba a apagarse.

